Influencia de los Arabes Españoles
en la civilizacion de Europa.

DISCURSO

LEIDO

EN EL SOLEMNE ACTO DE LA INAUGURACION

Escolástica del curso de 1854 á 1855,

EN LA

UNIVERSIDAD LITERARIA DE GRANADA:

POR

Don Benito Amado Salazar,

Catedrático de Obstetricia, enfermedades del sexo femenino y de los niños, y su Clinica.



GRANADA:

IMPRENTA DE DON JUAN MARIA PUCHOL.

1854.

Illmo. Señor:

No era ciertamente yo el designado para inaugurar las tareas literarias del presente curso, ni á mí, último y oscuro individuo de esta corporacion literaria, correspondia la honra de ser hoy su eco en tan solemne ceremonia. Aun resuenan dulces en mis oidos, los mágicos acentos de una voz mas autorizada que la mia, que desde este sitio supo elevarse á grande altura por su vasta erudicion, su lenguage correcto y su armoniosa lectura. Viva está tambien en mi mente la agradable impresion que me ha causado la lectura de otros discursos inaugurales de esta Universidad, modelos de talento y poesía, reflejos vivísimos de las poderosas imaginaciones que los han concebido, pruebas inequívocas del alto valer y justo renombre de esta por tantos títulos distinguida escuela. ¿Qué podré decir en este acto que sea digno de llamar vuestra atencion justamente preocupada aun con los trabajos de los compañeros que me han precedido?

Inútil seria mi empeño si elevarme quisiera á las altas regiones de la literatura y de la filosofía, á donde tranquilos y serenos visteis á otros remontarse en álas de su genio. Mis pretensiones son mas modestas y sin embargo superiores aun á mis escasas fuerzas. No me es posible crear; que plugo al hado negarme las brillantes dotes de inspirada fantasía: no alcanzo en mi porfiado afan á encontrar un medio de presentar en este sitio y someter á vuestro ilustrado fallo, uno de esos vastos problemas que hoy la humanidad agita y cuya resolucion de nadie seria mas digna que de los sacerdotes de la ciencia. No atino tampoco en mi recelosa duda á elegir un asunto académico análogo al objeto de nuestra institucion, y apropiado á las nobles tareas del claustro á quien me dirijo. Temeroso aun del acierto, solo me atrevo á abrir con trémula mano ese gran libro de aciertos y errores, de grandezas y miserias, que se llama historia, y á buscar en el periodo de nuestra dominacion árabe, materia para cumplir la mision tan honorífica como dificil que me habeis confiado.

No hace tadavia cuatro siglos que sobre las torres de la bella Granada, donde hoy tremola glorioso el pendon que paseó triunfante por ambos hemisferios, ondeaba aun altiva y orgullosa la bandera de las huestes de Mahoma. El poderoso imperio de los árabes españoles veia sin embargo acercarse ya el ocaso de sus glorias, y el vacilante trono de Boabdil reducido al recinto de Granada, se asemejaba á las águilas romanas anidadas dentro de los muros de Bizancio. Pero aquel poder que se iba debilitando, aquella raza que se preparaba á dejar nuestro suelo, á repasar para siempre los mares que la habian traido á nuestras playas, se habia enseñoreado largo tiempo de la nacion española, para que no dejase en ella hondos vestigios de su prolongada existencia.

Entre D. Rodrigo y los Reyes Católicos, desde el desastre de Guadalete al triunfo de Granada, habian trascurrido siete siglos, durante los cuales habian sustituido á la cruz de Constantino la media luna agarena, trocado nuestras iglesias por sus mezquitas, el Coran por el Evangelio, la espada goda por la temible cimitarra; nos habian dado en una palabra su idioma, su religion y sus leyes, de modo que sus conquistas y dominacion prolongada habia de influir necesariamente en nuestra civilizacion. Analizar pues hasta donde se ha estendido esta influencia y la parte que cupo á la España muslímica en la construccion y conservacion del grandioso edificio de los conocimientos humanos, tal es la tarea que me he propuesto desempeñar con la brevedad y acierto que me sea posible.

Nada mas curioso que la historia de la civilizacion del pueblo árabe. Nómada y casi ignorante, dividido en tribus errantes las mas, sin lazos que las uniesen y sin que entre unas y otras hubiera otra analogía que la del idioma, estaba reservada á Mahoma la gloria de reunir á su voz estos elementos heterogeneos, y fundar con ellos un pueblo llamado á rivalizar un dia con el poder supremo de la antigua Roma. Aprovechando sus hábitos supersticiosos y sus instintos guerreros, Mahoma reune en torno suyo las tribus que vagan por el desierto, les dá un código á la vez civil, político y religioso, cubre sus hombros con el manto del Cesar, adorna su cabeza con la tiara del Pontífice y alucina su imaginacion ardiente con las inspiraciones del profeta. Reunion inconexa de sensualismo material en esta vida y de esperanzas de nuevos goces para despues de la muerte, el Coran inspira á aquellos pueblos iniciados tan solo en una idolatria grosera ó á lo mas en la mitologia del sabeismo, sentimientos nuevos que transforman su

existencia y dan nuevo impulso á sus bélicos instintos. El fanatismo religioso despierta en ellos la sed de conquista: quieren la tierra para sí y el cielo para los pueblos que subyuguen; creen egercer un acto propicio á Allah difundiendo el alfange en una mano y el libro del profeta en la otra, la nueva doctrina del que juzgan enviado de Dios. La Siria y la Judea, la Persia y el Egipto ceden á sus rudos golpes, y no bastando el Oriente á su ambicion fanática, nuevos bárbaros del desierto, caen denodados sobre el Occidente.

La hora fatal para la España Goda habia sonado. Las huestes de Muza y de Tarif se estienden por la península como la lava de un volcan y por uno de esos sublimes decretos de la Providencia, por esta vez la cruz de los Cristianos se hundió en las aguas del Guadalete, y en su lugar se alzó como una blasfemia el pendon sangriento de los hijos del profeta.

Pero pasó el período de horrores y mantanza; calmó en los califas la ambicion de nuevas victorias y á la sombra misma de una religion poco propicia á los adelantos del ingenio, las artes y las ciencias adquieren un rápido vuelo. Los conquistadores, nuevos Tolomeos, emprenden la agradable tarea de consolidar por la política y la cultura de las letras el triunfo conseguido por la fuerza de las armas. La familia de los Abbasidas inaugura en Oriente el movimiento literario y es imitada en España por los Califas de la estirpe de los Beni-Omeyas. Harouu-al-Raschid y especialmente su hijo Almamum transforman á Badgad su capital querida en un vasto liceo donde se agitan todas las cuestiones relativas á los diversos ramos del saber humano, y Alhakem II hace de Córdoba la cuna de las ciencias, el mercado literario á donde vienen á instruirse los sabios de todo el mundo. Los Califas de Córdoba, como los soberanos

de Persia se rodean de los hombres ilustrados, cualquiera que sea su religion y su patria, envian emisarios que exhumen de la antigua Grecia los restos de su esplendor pasado, las obras de sus maestros olvidadas al menos en gran parte en el mismo pais que habia sido su cuna. Valiéndose de los sirios, que son los primeros que traducen al árabe los originales griegos, la Persia y el Egipto, Marruecos y Andalucía llegan á beber casi directamente en las fuentes de la sabiduría de aquellos tiempos, Platon y Aristóteles, Hipocrates y Galeno, Dioscórides y Plinio, Euclides y Tolomeo salen del olvido en que yacian y son conocidos del mundo científico por el intermedio de los árabes. Cada mezquita es una escuela: las academias tan difundidas en Oriente se multiplican rápidamente en España y en sus aulas se leen y comentan obras que apenas acaban de salir de la pluma de sus autores. Asombra tanto movimiento literario y apenas se concibe, dice M. Renan, como entonces podia llegar desde Persia á Andalucía una obra en menos tiempo del que hoy tarda en salir de Alemania y atravesar el Rhin.

Célebres sobre todas las del mundo las escuelas de Córdoba y Toledo en los siglos X y XI, veian florecer á su lado tambien con justa fama y merecida gloria las de Granada, Málaga, Almería, Valencia, Murcia y otras varias, cada una de las cuales era un taller inmenso en donde se elaboraban las vastas concepciones de la inteligencia humana.

«Borrad los árabes de la historia, dice M. Libry y tardará muchos siglos el renacimiento;» verdad innegable que no se concibe como ocultarse pudo á sus apasionados detractores. Si algunas de las generaciones que nos precedieron juzgaron con sobrado rigor á nuestros conquistadores Sarracenos, considerándolos solo

bajo el prisma de la religion que profesaban y creyéndolos por lo tanto sumidos en la mas crasa ignorancia, hoy es imposible pensar del mismo modo ante las incontestables narraciones de la historia. No porque nosotros háyamos sido los vencidos, ni porque su dogma no fuese el nuestro, debemos desconocer que las ciencias y las ártes florecieron en nuestro suelo durante la dominacion árabe con un esplendor que ántes de ellos no habian alcazando y que despues de su caida tardaron mucho en recobrar.

No entra en mi propósito echar una ojeada, siquiera fuese rápida, por todos y cada uno de los muchos ramos en que han sobresalido los árabes, bastando por no molestar demasiado vuestra atencion, que me ciña á los que actualmente son objeto de nuestra enseñanza universitaria. Sin embargo, vivos estan aun ciertos destellos de su antiguo genio, que imposible me seria poder pasar en silencio, y en primer lugar su arquitectura, cuyos restos todavia contempla con grata sorpresa el viagero que acude á visitarlos. El pueblo que construyó el alcazar de Sevilla, la mezquita de Córdoba y la Alhambra de Granada; el que satisfizo el amor de un califa creando la fantástica mansion de las hadas, el palacio de Zahara de que hoy habla la tradicion y describen los historiadores contemporáneos como de un cuento de las *Mil* y *una noches;* ese pueblo no solo se ciñó severo á las reglas del árte, sino que supo crearse un género nuevo y especial, lleno de poesia y elegancia, sublime en su concepcion, atrevido en su egecucion y de sorprendente belleza en su conjunto. Y no se diga que su estilo carece de originalidad, porque si esta consiste en no imitar á ningun modelo anteriormente creado, igual reproche pudiera hacerse al género bizantino sobre que está basado y aun al elegante romano,

tomados ambos de la severa Atenas. Pero el mérito de los Arabes consiste en irse emancipando y llegar por último á construir una arquitectura nacional, dejando el bizantino puro de Santa Sofia de Constantinopla por el bizantino árabe de la mezquita de Córdoba, mas árabe ya en el alcazar de Sevilla, hasta llegar al fin al árabe-morisco tipo de la gran perfeccion de aquel arte que hoy admiramos en nuestra preciosa Alhambra. Resalta mas su mérito, cuando refleccionamos, que privados los Arabes por su religion de copiar á la naturaleza, desplegan para el adorno interior de sus palacios ese gusto particular en la direccion de las líneas, ese efecto mágico en la combinacion de sus colores. ¡Lástima por cierto que recayese esta prohibicion en un pueblo tan entusiasta por la belleza y que por ella no haya podido dedicar su genio á la escultura y á la pintura! Negar la influencia de su arquitectura sobre la nuestra no solo en el renacimiento sino hasta en la época de su dominacion, seria querer, como algunos lo han hecho, cerrar los ojos á la evidencia y no ver la ornamentacion y las reminiscencias del género árabe que en España se hallan por todas partes, no solo en los grandes, sino hasta en los mas pequeños edificios.

No han descollado menos en la agricultura, que llegó en sus manos á constituir una verdadera ciencia, cuando apenas era un árte imperfecto en los demas pueblos. Así vemos que no solo tenian obras especiales como la de Al-Awan de Sevilla, traducida aun en este siglo á nuestro idioma, sino que poseian un código agrícola sobre cuyas bases se han dictado las ordenanzas de ese vasto sistema de riegos que hoy llaman justamente la atencion de los que visitan nuestra hermosa vega y la huerta de Valencia, testigos elocuentes de los conocimientos agronómicos de la nacion árabe.

Su influencia pues sobre nuestra agricultura es evidente, aunque por desgracia no tan decisiva como en otros ramos. Felicitémonos sin embargo de que en medio de la preocupacion que rechazó todo cuanto procedia de la raza muslímica, supimos conservar el cultivo del plátano y la palmera, del algodon y del moral y utilizar en provecho nuestro las acequias y las norias, cuyos nombres aun hoy nos revelan su arabesco orígen.

Orgullosos con sus conquistas, celosos de sus glorias, precisados á alhagar el amor propio de sus emires y Califas, los Arabes tuvieron que dedicarse á la historia que recordase á las generaciones venideras los hechos gloriosos de los que les habian precedido. Notables entre otros muchos en esta clase de trabajos, tuvimos en España á Al-Farady autor de la *Crónica de los sabios* y de la *Historia de los poetas*, á Aben-Hayan de Córdoba, Said de Toledo y el granadino Mohammed-Ben-Ahmed conocido por Al-Khatyb que escribió una cronología de los Califas y una historia de los reyes de Granada. A estos escritos debemos hoy las noticias mas exactas que poseemos acerca del poder muslímico y en estas puras fuentes van á beber Dozy, Sacy, Renan y otros orientalistas de nuestros dias, que se han propuesto la útil tarea de depurar la verdad en los hechos concernientes á la raza árabe. La historia de esta nacion no resalta sin embargo como filosófica, ni puede decirse que constituye una ciencia politica y moral. Entre los Arabes no existe un Tácito y cuando mas hallamos algun que otro Tito-Livio; asi sus narraciones estan reducidas á simples relatos, algunos muy minuciosos, pero sin las trascendentales apreciaciones que hoy constituyen el mérito principal de la historia moderna.

En matemáticas conocieron la ciencia de Eúclides á la que agregaron partes enteramente nuevas, como la

aritmética imposible antes del uso de los números árabes, y el álgebra cuyo solo nombre basta á indicar su orígen.

Cultivaron la astronomía de Hiparco y Tolomeo oriunda de los Caldeos sus vecinos, y aunque en ellos se encuentra mezclada con la astrología, no puede negarse que la ciencia de los ástros progresó entre los Arabes, gracias á los instrumentos que conocieron y perfeccionaron y á la aplicacion que hicieron de la trigonometría á los fenómenos celestes.

Su influencia debe ser escasa ó nula en la teología y en la jurisprudencia contenida tambien en el Coran, su código á la vez civil y religioso y que por lo tanto no podia acomodarse á las naciones que no profesaban su dogma. Asi á pesar de haber llegado hasta nosotros muchos códices de comentarios dirigidos á aclarar varios puntos confusos ó controvertibles, era imposible que tales y tan prolijos trabajos pudiesen ser de utilidad mas que á los pueblos para quienes se habian escrito.

Dotados de una imaginacion viva y ardiente, poseedores de un idioma rico y armonioso, los Arabes necesariamente debian manifestar una predileccion marcada á los estudios literarios y especialmente á la poesía. Ignorantes ántes de Mahoma en materias religiosas, reducidos á las creencias groseras de un sabeismo incompleto ó una bárbara idolatria, los primeros acentos de su poesía naciente no se dirigian á ensalzar la religion: mezcla confusa de venganza y generosidad, de furor y de dulzura, sus cantos ora respiran guerra y muerte, ora compasion y hospitalidad, y los temas de sus poesias no pueden ser otros que el caballo ó el camello, la espada ó el desierto. Pero sus gustos cambian con sus conquistas y la poesía caracteriza en ellos, como en todas las naciones cultas, las costumbres de la época,

viniendo á ser el espejo en que se reflejan los vicios y las virtudes del siglo en que se cultiva.

Importada del Oriente á España casi con las tropas de Muza, la poesía bien acogida por los Emires, florece bajo el poder de los Califas. El mismo Abderrahmen I, el ilustre proscrito que huyó del furor de los Abbasidas, vaga errante por los desiertos del Atlas y viene al fin á cimentar el trono de Córdoba, trae consigo una palmera de la Siria, á la que canta tristes elegias, viéndola como él se ve, ausente de su patria, privada de su sol natal y obligada á nutrirse de extrangera tierra. Las pequeñas cortes andaluzas cultivan tambien con afan y esmero la flor galana de la poesía árabe y en ellas sigue el flujo y reflujo de los objetos á que se dirige. Protejida por la aristocracia, es durante el reinado de esta, vigorosa, enérgica, decir pudiéramos enteramente mundana. La vida se desliza veloz entre goces y placeres y el poeta alhagado contento, canta el heroismo, ensalza el amor y presentando la dorada copa, hace apurar hasta la embriaguez el vino vedado por la ley. ¿Quién se atreve á despertarlos de tan agradable sueño? La sátira punza despiadada hasta al príncipe que se desliza y solo el guerrero audaz, el corcél ligero tienen derecho á un rayo fugaz de su entusiasmo loco.

Pero que ocupe el trono un emir devoto: la poesía cambia de repente. El vate que antes era alegre, ligero, hasta frívolo, se hace al instante grave, severo, melancólico, religioso. Si como en los tiempos de Alí el Almoravide, los poetas carecen de proteccion y amparo ¿podrán lanzar sus miradas á una tierra que los rechaza? Entonces canta al cielo, porque por esa transicion tan natural como benéfica, tan dulce como sublime, del hombre agraviado por el hombre, vuelven los poetas sus ojos á Dios, esperando que la otra vida será el pre-

mio de sus desgracias de esta. El genio entonces dirige sus inspiraciones á mas allá de la tumba, y á la manera de los antiguos romanos se esfuerzan en conquistar en el Olimpo la corona que les niega el Capitolio.

Mas no se espere hallar en la poesía muslímica las grandes composiciones del clasicismo griego, porque su literatura carece completamente de la epopeya y del drama, vastas concepciones superiores á la invectiva y á las aspiraciones de la raza semítica. No es que falten á su historia motivos dignos de la Iliada y de la Odisea, ni que poco alhagados por la fortuna, carezcan los Arabes de Homeros y Esiodos, de Sófodes y Apistófanes; sino que tienen que luchar con los hábitos de raza, con las preocupaciones de religion y que vencer la reserva estrema de las costumbres domésticas que fueron siempre un obstáculo al bullicio y aparato de las representaciones teatrales.

Las guerras contínuas y la nó interrumpida comunicacion de los judios con los dos pueblos, hacen que los cristianos empiezen á saborear las delicias de la poesía Arabe. Nuestros romances populares y las trovas provenzales son evidentemente hijos de esta literatura oriental. Los trovadores y los juglares parten de España á amenizar con sus cantos y sus representaciones de la gaya ciencia las cortes de los reyes de Francia é Italia, de Inglaterra y Alemania, y la vida errante de estos poetas modestos, de estos cantores ambulantes, no solo no es perdida para la literatura, no solo despierta en Europa el gusto perdido por las bellas letras, sino que ¿quién lo diria? de tan humildes maestros salen discípulos tan aventajados como Chausser y Dante, como Petrarca y Bocaccio. Asi en la aurora de nuestra renaciente poesía, el poema del Cid, el Alejandro de Juan Lorenzo, las composiciones religiosas de Gonzalo Berceo y las sá-

tiricas del Arcipreste de Hita, son un reflejo no solo del gusto sino hasta del género y la rima de los vates del Islam.

En el grado de civilizacion á que vemos habia llegado el pueblo Arabe, no podia prescindir de lo que en todo tiempo llamó la atencion de los hombres pensadores, de indagar y darse razon de la causa primitiva y de las leyes que rigen el universo y sobre todo de las que presiden á nuestra propia existencia. Por eso desde los primeros tiempos de la ilustracion de los sectarios de Mahoma, se les vé lanzarse con avidez en el estudio de la filosofía griega y abrazar con decision los oscuros y difíciles problemas de la física y de la psicología. Si bien no ignoran los nombres y las doctrinas de los gefes de las principales escuelas antiguas, su norte, su guia el gran maestro que reconocieron como autoridad en materias filosóficas, fué Aristóteles. Al considerar la distancia que media entre la filosofía aristotélica y el islamismo, han llegado algunos á creer que solo una casualidad y la ignorancia de los demas maestros de la antigua Grecia habian inclinado á los Arabes á seguir las huellas del oráculo de Estagira. Nada menos esacto que esta suposicion.

Aristóteles, no hay que dudarlo, fué el genio mas universal de la antigüedad y sus obras la enciclopedia mas vasta, mas sistemática y mas perfecta del saber humano. Esta razon bastaria por sí sola para motivar la preferencia que los Arabes le han concedido, pues nada mas natural que el que un pueblo que todo lo ignoraba y que deseaba saberlo todo, estudiase con avidez los escritos de un hombre que se ocupaba de todas las cuestiones, que agitaba todos los problemas asi en el órden físico como en el moral, y que para todo esto se valia de un método lógico, racional y filo-

sófico por escelencia, segun las nociones por entonces y por muchos siglos despues admitidas respecto á la filosofía.

Pero hay aun otra razon que abona esta preferencia. La filosofía entre los Arabes, como entre los Escolásticos, era cultivada con distintos fines y por personas de las mas opuestas tendencias. El Coran no era una obra perfecta y su autor mismo lo habia conocido cuando profetizó que nacerian mas de setenta sectas distintas de su seno. En medio pues de la inflexibilidad del dogma del fatalismo y bajo el ferreo yugo del despotismo musulman, no faltaron hombres que se reservasen é hicieran uso del gran derecho que la humanidad no abdica jamás, la libertad del pensamiento. El islamismo pues se sintió atacado, conmovido en sus mismos cimientos por las disputas que empezaron á minar sus principios fundamentales apenas transcurrido un siglo de la muerte de Mahoma. La libertad y la predestinacion fueron el primer campo en que se dió la gran batalla teológica: los atributos de Dios vinieron á ser luego otra nueva y no menor ardiente tea de discordia lanzada en la arena de la discusion. Las opiniones andaban divididas, las conciencias se revelaban, la fé de los hijos del profeta ora vagaba zozobrante al impulso de las encontradas sectas, ora por esa abnegacion sublime que cierra los ojos á cuanto contrarie los sentimientos religiosos, se fortalecian tanto mas en ellos cuanto mas recios eran los golpes que se les dirigian. Entonces los ánimos, esforzados y firmes en sus creencias, juzgaron de su deber salir á la palestra y la teologia musulmana, como antes y despues la nuestra, dejó de ser dogmática para hacerse principalmente apologética. Esto dió orígen á que se marcasen bien los diversos sistemas que simbolizaban las banderas de las

varias escuelas filosóficas que nacieran en el seno del Islam. Los verdaderos creyentes *(místicos)* rechazan todo raciocinio que creen conduce al error y se dejan guiar por una fé ciega. Otros, denominados *motakkallims* sin desechar la intervencion de la razon, quieren que los juicios de esta partan de los dogmas religiosos, como sus únicas y verdaderas bases. Los *motazelitas*, teólogos liberales irracionalistas, especie de protestantes musulmanes, quieren someter la fé á las exigencias de la razon y que esta sea la reguladora de los dogmas revelados. Hay por fin otra secta, la única á que los Arabes daban el nombre de *filósofos*, que discute y raciocina sin cuidarse para nada de la fé, con independencia absoluta de la religion y que marcha derecha á la resolucion de los grandes problemas de la humanidad sin reparar en los obstáculos que tropieza ni en los principios que destruye.

Era pues imposible que tan distintas escuelas, tendencias tan opuestas pudieran proceder de un mismo orígen, reconocer como maestro una misma autoridad. Asi pues, aunque Aristóteles parece serlo de todas, las modificaciones que en cada una recibe, hacen que solo los filósofos puedan considerarse como la única, la genuina espresion de la escuela peripatética. En efecto, si era dificil conciliar la filosofia griega con las verdades reveladas del cristianismo, esta conciliacion era mucho mas posible con las doctrinas de Mahoma. Si hay algun anacronismo en la historia, dice muy bien M. Schmöllders, es seguramente en la aparicion del islamismo. La religion de Jesucristo predica un Dios poderoso, creador, activo y padre justo; destruye por sus cimientos el axioma mas incontrovertible de las antiguas escuelas *ex nihilo nihil:* ofrece al Hijo-Dios en sacrificio como pacto de amistad, como prenda de redencion y procla-

mando al hombre manchado con la culpa, le declara libre, poseedor de su alvedrío, responsable de sus actos, merecedor del premio ó del castigo segun dirija sus acciones á egercer el bien ó á encenagarse en el mal. La restriccion de estos principios fecundos, salvadores, liberales, basta por si sola para probar la falsa mision de Mahoma, que aunque admite un solo Dios y confiesa la inmortalidad del alma, no conoce la redencion, niega la libertad humana é inculca en sus sectarios el fatalismo mas grosero envuelto en la falsa inteligencia que da al dogma de la predestinacion. Asi pues, casi el único cambio que el islamismo exigia en la filosofia estaba reducido á la doctrina de la creacion, inconveniente que han creido haber salvado los primeros Arabes que conocieron á Aristóteles estudiando á este en las obras de los neoplatónicos, que como todos saben habian agregado al peripatetismo las doctrinas de la emanacion. Por eso los sirios que fueron los primeros que generalizaron entre los Arabes los autores griegos, confundieron los académicos con los peripatéticos, de cuya confusion y de la teoría de la emanacion que algunas escuelas quisieron restringir no pudieron librarse completamente hasta que con el desarrollo y perfeccion sucesiva de los estudios filosóficos, los Arabes empezaron á conocer á Aristóteles por Aristóteles mismo y á adoptar sus ideas, sino en su totalidad, al menos en su mayor pureza, siguiéndole con la mas posible exactitud.

El verdadero movimiento filosófico de los Arabes existia en realidad en las diversas sectas del islamismo que dejamos enumeradas y que despues se subdividieron en otras infinitas. Y sin embargo de que era asi, ni creian que esto era filosofar, ni denominaban filósofos á los que empleaban el raciocinio, ora para com-

batir, ora para defender los principios del Coran. La filosofía que hoy llamamos Arabe no merece realmente este nombre, pues para los contemporáneos solo significaba la filosofía griega y los que la estudiaban. Era pues una seccion muy limitada y de seguro la menos interesante del movimiento filosófico del islamismo, que casi pasaba desapercibida de los musulmanes, quienes solos conocian á los que á ella se dedicaban por el ódio que el pueblo les profesaba suponiéndolos malos creyentes é irreligiosos. Asi, Averroes el último destello de esta filosofía que se iba apagando al soplo de la ira popular, apenas es conocido entre sus compatriotas y solo á los judios desde Moisés Maimonides, y sobre todo á las disputas de los Escolásticos debe la gran boga que llegó á alcanzar su nombre en todo el Occidente.

Y sin embargo ni esta secta era tan indiferente, ni nombres tan respetables como Alkindi, Alfarabi y Avicena, en el Oriente y Ibn-Badja (Avempacio) Ibn-Tophail (Abubaser) Avenzoar y Averroes en España, merecian por cierto el duro rigor, mejor diré la implacable saña con que por propios y estraños fueron injustamente tratados. El pueblo musulman ignorante y fanático espresa con repetidos actos de hostilidad el ódio que profesa á los filósofos á quienes mira como enemigos de la religion de su profeta. Los príncipes ilustrados y la nobleza dispensan proteccion á las ciencias y cultivan por si mismos la filosofía, pero los supersticiosos y los que su ambicion conduce á alhagar las pasiones de la plebe, espiden edictos severos, lanzan terribles anatemas y la proscripcion alcanza á los sabios y á sus obras que son arrojadas al fuego como impías y blasfemas. Por esto la filosofía brilla entre los Arabes rápida y fugaz como un meteoro que apenas empieza á difundir su luz cuando se

apaga. En nuestra España empieza en el siglo X y no logra florecer todo el siglo XII, desaparece con la familia de los Beni-Omeyas que la habian patrocinado y es ya objeto de persecucion ambiciosa de Almanzor y fanática luego de los Almohades, cuyo fundador, discípulo de Al-Gazzalí no podia menos de participar de la saña de su maestro contra los filósofos. Asi pues, el siglo XII es el último destello de las doctrinas de Aristóteles que tienen que sepultarse ya en olvido entre los Arabes, para resucitar luego entre los judios y formar dos siglos mas tarde la escuela de Padua entre los Cristianos. Averroes, último vástago de esta estirpe de filósofos, es condenado al ostracismo á pesar de su favor con el califa; y la persecucion que habia encerrado á su maestro Ibn-Badjá marcado con la mancha de herege á Ibn-Tophail, reducido á Ibn-Wahib á la enseñanza esclusiva de los primeros elementos, alcanza á todos los que se dedican á las ciencias proscritas, algunos de los cuales como Ibn-Habbid, de Sevilla, paga con la vida su aficion al estudio y la infraccion de los edictos del califa.

De este modo se concibe como Averroes, que durante cuatro siglos fué, mas bien que el mismo Aristóteles, el maestro de cristianos y judios, no haya logrado formar escuela entre sus contemporáneos y que su nombre identificado con una época de decadencia científica haya pasado con gloria á la posteridad. Es que constituye la última tabla en que se salvan para la edad media y el renacimiento las obras filosóficas de la Grecia antigua; es que solo su gran comentario puede dar á conocer, aunque truncado y envuelto en las escabrosidades de la dialéctica de aquellos siglos, el pensamiento de Aristóteles que tarda aun mucho en ser conocido en el mismo idioma en que este lo ha escrito.

Por eso Averroes en la edad media desempeña un doble papel que importa muchísimo no perder nunca de vista. Como comentador de Aristóteles, es el maestro, mejor diré, la autoridad que reconocen nuestros escolásticos, y como representante ó último eslabon de la filosofía árabe, es el tipo de la impiedad y de la heregía, el precursor del Antecristo, el impuro blasfemo que se burló de la Eucaristia, que escarneció las tres religiones entonces conocidas escribiendo el libro de los *Tres impostores* y que esceptico y ateo esclama: *moriatur anima mea morte philosophorum.*

La crítica severa é imparcial no alcanza hoy á dilucidar la verdad que pueda haber en estas acusaciones que un piadoso celo, aunque exagerado tal vez, lanzó sobre la memoria del médico filósofo á quien sus contemporáneos y mas próximos sucesores no juzgaron de un modo tan terrible y desapiadado. El primer sello de la filosofía de Averroes se encuentra en la lucha que bajo el nombre de tomistas y scotistas sostuvieron perpetuamente los domínicos con los franciscanos. La fundacion de esta órden fué un verdadero movimiento democrático en el seno de la Iglesia, que como las revoluciones políticas, tuvo su lucha y su triunfo, despues de sufrir la contrariedad y la derrota. Los scotistas en sus primeros tiempos personifican los libres pensadores y sus ataques se dirigen muy principalmente contra los domínicos. Enemigos declarados estos de la filosofía árabe, sus contrarios de religion adoptan las doctrinas combatidas sin que de una y otra parte haya la franqueza de confesar el origen de donde proceden, ni los maestros á quienes acatan por temor de pasar por heterodoxos. Asi Santo Tomás se esfuerza, para poder seguir á Aristóteles, en probar que este habia hablado ya de la inmortalidad del alma, y asi tambien

los franciscanos se amparan con afan de la fábula de los *Tres impostores* para poder seguir sin sospechas las doctrinas de Averroes filósofo, combatiendo encarnizadamente la heregia del Averroes blasfemo.

Es lo cierto que ese libro famoso nadie lo ha visto; que los mismos contemporáneos no estan conformes respecto á los sentimientos religiosos de Averroes; que Guillermo de Auvernia, Alberto el Grande y Santo Tomás le combaten si, pero sin saña, con compasion, como iluso y sabio, no como herege impio, y que el mismo Dante al colocarle en su infierno, obligado por la fé le designa un lugar distinguido en una region de paz y melancólico reposo entre aquellos grandes hombres,

Spiriti magni
Che di vedenli in me stesso ú eralto.

Preciso es llegar á Giles de Roma y nuestro Raimundo Lulio para hallar á Averroes como el gefe declarado de una secta infame de hereges é incrédulos, de ateos y blasfemos. Para Raimundo Lulio el averroismo es el islamismo en filosofía y por consiguiente sus ataques habian de ser duros cuando sabemos que combatir el edificio de Mahoma fué el sueño dorado de toda su vida.

Pero en toda esta lucha que casi contaba ya dos siglos de duracion, no se halla un gefe ni una escuela que adopte las doctrinas condenadas al menos de un modo público y ostensible. Se cree que gran parte de la Universidad de París y los franciscanos son en su fondo averroistas, pero ellos lo niegan, combaten al filósofo Arabe y para perseguir á sus enemigos ponen en sus labios la blasfemia de los *Impostores*. Si Averroes tiene partidarios en el siglo XIII, sus nombres no pasaron á la posteridad y apenas pudiéramos formarnos idea de su existencia si las impugnaciones de Lulio no fueran demasiado fuertes para combatir un libro cuyo au-

tor no existia ya y por consiguiente dirigidas á algunos que participaban de sus ideas.

La filosofía, como la politica, resucita á menudo á impulso de las contrariedades que sufre. El siglo XIV empapado en las obras de Giles y de Lulio, la escolástica triunfante, el arabismo hundido por la opinion y por la fuerza no bastan á contener la libertad del pensamiento, sino que al contrario dan orígen á una reaccion que viene á desplegarse osada y manifiesta en el Nordeste de la Italia. La teología escolástica presta asuntos á la pintura y la escuela florentina adquiere su caracter en los frescos contra Averroes haciendo la apoteosis de Santo Tomás. Nuevos Apeles, Orcagna y Triani, Gaddi y Memini consignan en el campo santo de Pisa, en Santa Catalina de Sena y en la capilla de los Españoles de Santa Maria Novella, de Florencia, los triunfos del doctor angélico sobre la heregía y abaten á sus pies confuso, avergonzado, luchando con su orgullo y su derrota al gefe de los impíos, al mas blasfemo entre los hereges, á Averroes.

¿Muere por esto su nombre? ?Se rebaja su autoridad? Muy al contrario. Si la Universidad de París y los franciscanos le adoptan sin citarle, Baconthorp y Walter Burleig tendrán á gloria llamarse discípulos suyos: su doctrina condenada por tantos concilios será esplicada públicamente y la escuela de Padua anudando y robusteciendo estos esfuerzos aislados desplegará impávida y osada la bandera de la eternidad de la materia y de la universalidad de la inteligencia.

He aquí los funestos efectos de querer ahogar las opiniones contrarias con el peso de la autoridad, de obligar al pensamiento á reconcentrarse y buscar torcidas sendas, pudiendo ser combatido de frente y con mayor gloria. En tiempo de Dante y Santo Tomás, que

impugnan con la persuacion, que pelean con el raciocinio, la escuela arabista vegeta oscura y vergonzante sin atreverse á contrarrestar el torrente de la opinion, que como no tiene que compadecerla, unánime la rechaza. Las declamaciones de Giles y de Lulio le prestan nuevos brios y ya asoma su cabeza amenazadora por el horizonte de la filosofía: en el siglo XIV y mas tarde al frente de las hogueras del Santo Oficio, se pasea altiva y orgullosa por toda Italia reuniendo en torno suyo todos los elementos disgustados que un dia habian de suministrar materiales á las obras de los Enciclopedistas.

Por el contrario, en medio del esplendor del averroismo, en el apogeo de su enseñanza pública, se levanta una voz que protesta contra esta filosofía, no solo en nombre de la religion, sino del buen gusto, no contra la materia sino contra la forma, no para salvar principios que no necesitan defensa porque serán imperecedores, sino para libertar á la literatura y á la poesía, á la retórica y á la dialectica, del fárrago pesado é indigesto de argucias escolásticas, de subterfugios pedantescos, de vocablos bárbaros y ridículos. Esta voz poderosa es la de Petrarca: ni podia esperarse otra cosa del amante de Laura; siente como espresa y su esquisita sensibilidad se lastima de la gerga disonante de la escolástica averroista con sus eternas *questiones* y sus pedantes *quodlibeta*. ¿Y quién lo diria? En esta cruzada contra los arabistas, es ayudado Petrarca por los que siempre ha aborrecido, por los que fueron en su vida el objeto interesante de su saña, por los médicos. La medicina que habia dado orígen á la escuela de Padua, fué tambien la que despertando la aficion á la antigüedad, quiso buscar en la Grecia clásica, pura y genuina, los fundamentos de su ciencia. La autoridad y prestigio de los médicos filósofos dió pues el primer paso en la

reaccion favorable de la Europa moderna hacia el helenismo, que presenció gozosa la Italia del siglo XVII. Cada pueblo sigue en estas tendencias los instintos de su caracter: Florencia vuelve á Platon, y á Aristóteles Venecia y todo el norte de la Península. La Toscana es el ideal en el arte, el espiritualismo en filosofía; Venecia, Padua y Bolonia representan al contrario el racionalismo, el cálculo exacto, la vida positiva: antípodas ambas en arte y en filosofía, al volver la vista á lo pasado, tenian que hacerlo necesariamente en opuestas direcciones.

Si en todos tiempos y en todas las naciones la filosofía y la medicina han marchado unidas, esta alianza fué tan poderosa entre los Arabes, que puede decirse que ambas ciencias fueron inseparables. Y no podia suceder de otro modo siendo los médicos casi los únicos ó al menos los principales filósofos tanto en el Oriente como en el Occidente del imperio musulman. Asi entre nosotros son igualmente conocidos de los que cultivan la filosofía como de los que profesan la medicina los nombres de Avempacio, Abubacer, Avezoar, Averroes, Albucasis y otros muchos, hombres eminentes que consagraron su vida al estudio de las ciencias y á quienes la civilizacion es deudora de inmensos beneficios.

Si pues la medicina siguió la suerte de la filosofía entre los Arabes, ya debe suponerse que, como esta, habrá tenido autores y épocas que la ensalzasen y recibiesen como modelo y otros hombres y otros tiempos para los que seria objeto de anatema y de menosprecio. ¿Ha merecido la medicina Arabe la boga que alcanzó hasta el siglo XVI y era digno Avicena de ser el autor de testo de las escuelas médicas por el largo espacio de quinientos años? ¿O son por el contrario acreedores los Arabes y los que sus ideas adoptaron á las

acusaciones de ignorancia, superstición y fanatismo que les dirigieron los críticos desde las diatribas de Petrarca y la desaparicion de la escuela de Padua hasta una época muy próxima á nosotros? Analizar rápidamente lo que haya de exacto, lo que peque de exagerado, en estas dos proposiciones bastará para dar fin al objeto que me hé propuesto en este trabajo.

No busqueis medicina antes de que los oráculos de la Grecia antigua hayan enseñado al mundo el modo de conocer y curar las enfermedades. Vuestra tarea seria inútil: empirismo ciego en la infancia de las sociedades, misterio y supersticion en los templos de Rodas y Gnido, principio de luz y de ciencia en las *Sentencias Gnidianas* producto de las tablas votivas colgadas por la gratitud ante el ara del numen, he aquí todos los conocimientos médicos que os revelarán las edades primitivas. Pero llega Hipócrates y todo cambia: observador atento, filósofo profundo, verdadero sacerdote del templo de Esculapio, es la antorcha del saber que brilla resplandeciente en medio de las tinieblas de la ignorancia; su nombre será venerado por las generaciones sucesivas, su doctrina atravesará victoriosa veinte y dos siglos y llegará hasta nosotros pura como la virtud, eterna como la verdad, imperecedora como el dogma. Pero una nacion guerrera, fanática, semi-bárbara subyugará á los que un dia caminaban vencedores á la conquista del mundo y la Grecia de Alejandro, de Sócrates, de Platon, de Hipocrates y de Aristóteles, descenderá por una rápida pendiente al último escalon de las naciones civilizadas. ¿Qué fué de su poderio? ¿Do se refugio su ciencia? Resúmen magnífico, síntesis completa, coleccion la mas perfecta de su inmenso saber, la habian acumulado los Tolomeos en la gran biblioteca de Alejandria que el bárbaro Omar entregó á las llamas

en su salvage y religioso furor. ¿Qué queda ya en el mundo de la medicina? ¿Hay algo? ¿Quién lo tiene? Si; aun la Providencia conserva algunos restos preciosos de aquella ciencia antigua, magnífica, sorprendente y en sus inescrutables designios tiene dispuesto que el pueblo que arrebató tantos tesoros á la civilizacion sea el celoso conservador de los que restan y que los siglos que vengan despues, olviden la ofensa por la gracia, perdonen á los Arabes de Omar por el favor que deben á los Arabes de Haroun-al-Raschid y Almamun, de Abderraheman y Alhakem. Y mientras que las naciones que no gimen bajo el alfange sarraceno entonan himnos por su libertad, los vencidos, los oprimidos, los que vieron rodar en el polvo su nacionalidad con su religion, su idioma con sus leyes, himnos entonan tambien por su ilustracion y su cultura, por la dicha que disfrutan de ser los únicos poseedores de las ciencias para todos perdidas y solo para ellos recobradas.

Hipócrates y Galeno, casi olvidados ya de los griegos y latinos, renacen para los Arabes, son objeto de las traducciones de los sirios y llegan mas tarde, mucho mas tarde, á poder de los Cristianos por el intermedio de los judios. Hoy mismo lloramos perdidos trabajos de los primeros maestros de la medicina de que solo nos quedan la traduccion de algunos y noticia de otros en las obras de los Arabes. El *Continente* de Rhasis, el *Canon* de Avicena, el *Colliget* de Averroes y el *Taisyr* de Avezoar no son mas que colecciones de los conocimientos médicos tomados de Hipócrates y de Galeno, únicas autoridades por todos reconocidas. La medicina Arabe, lo mismo que la filosofía, es toda griega y por lo tanto los que por cinco siglos siguen como testo á Avicena no hacen mas que pagar un justo tributo al compilador feliz é ilustrado que supo reunir en un

cuerpo de doctrina los elementos dispersos de los antiguos maestros y conservar viva en las escuelas la tradicion veneranda del oráculo de Cos.

Cierto que la medicina no recibió de la raza Arabe el empuje que parece debió alcanzar en siete siglos que empuñó su cetro y en el número inmenso de médicos que escribieron obras de su facultad. ¿Necesitaré molestarme en aducir las poderosas razones de este estacionamiento innegable? La raza semítica no tuvo jamás pretensiones á la originalidad; su religion y sus costumbres eran un poderoso obstáculo y hasta tal punto que vemos autores Arabes que se complacen en hacer remontar hasta los griegos ideas de que ellos solos son los inventores. Durante su poderío y siglos despues no habia llegado el libre exámen á derribar de su pedestal las autoridades de la ciencia. Bacon no habia escrito su filosofía experimental, ni aunque lo hubiera hecho, pudiera la medicina en poder de los Arabes alcanzar nunca su elevado vuelo. Privados por su religion de disecar cadáveres, porque creian que la vida no se extinguia en el momento, sino sucesivamente en el individuo, sus nociones en anatomía, en la base del edificio médico, tenian que ser siempre muy limitadas. La suspicacia, los celos y el pudor tan identificados con los goces materiales del despotismo musulman, impedian que el médico practicase operaciones en las mugeres, que quedaban reservadas tan solo para las de su sexo.

Pero entre conocer y confesar estos vacíos y decir que la ciencia no adelantó un paso en manos de los Arabes, hay una distancia inmensa. Por de pronto, ademas de traducir á los griegos, exige la imparcialidad que convengamos en que en muchas cosas les escedieron. Suya es la introduccion de la química en la medicina y á ellos se debe el transformar la alquímia de los egip-

cios en una ciencia útil, asi como el uso de ciertos preparados de gran uso y eficacia, tales como el sublimado corrosivo y precipitado rojo, los ácidos nítricos y nitro-muriático, el nitrato de plata y otras muchas sustancias.

Con una aficion sin límites y una perseverancia poco comun, los Arabes emprendieron largos viages para estudiar las plantas que describió Dioscórides y observar atentos sus virtudes medicinales. Es verdad que á pesar del impulso que recibió la botánica con sus trabajos, no dejaron de contribuir á que siguiese conservando los vanos y pomposos dictados que le dieron Nicolás Mirépsio, Marcelo y otros médicos empíricos de los siglos III y IV, y que ademas consignaron en sus escritos virtudes maravillosas que jamás tuvieron las plantas á que las atribuian. Pero tambien lo es que el primero que combatió estos errores fué el malagueño Ibn-Beitar, el Cournefort Arabe que consagrando, como despues Linneo, su vida al estudio de la botánica, registró los montes de Europa, atravesó los desiertos del Africa, llevó sus escursiones al corazon del Asia y volvió á enriquecer su patria con los tesoros alcanzados á costa de tan penosas peregrinaciones.

Iniciados en la química, entusiastas por la botánica, bastante conocedores para su tiempo de la mineralogía, la farmacia debió necesariamente prosperar mucho en la nacion Arabe por el concurso de estas ciencias auxiliares que constituyen su base y primordial objeto. Ellos, enriqueciendo la materia médica con el ruibarbo, sen, tamarindo, casia, fistula y otros purgantes suaves, desterraron de la práctica los drásticos enérgicos de que los griegos hacian tanto abuso. A los Arabes se debe el uso del azucar en la confeccion de los jarabes y la invencion de los alcoholes, julepes, esencias y loochs, con cuyas preparaciones puede decirse que cambiaron com-

pletamente la faz de la farmacia. Suya es tambien la introduccion en la medicina del alcanfor, del almizcle de la piedra bezoar y otras muchas sustancias, cuyos nombres, como el de las fórmulas oficinales ya citadas, bien á las claras revelan su orígen arábigo. Suyo parece ser igualmente el pensamiento de redactar las farmacopeas, al menos el primer formulario oficial de que se tiene noticia es el de Sabor-Ibn-Sahal publicado á mediados del siglo IX con el título de *Krabadin.* Los Arabes fueron tambien los primeros que como uno de los ramos de la policía médica pusieron las oficinas de farmacia bajo la vigilancia de la autoridad que cuidaba con especial esmero de que ni se alterasen los medicamentos, ni se vendiesen á un escesivo precio. Igual disposicion tomaron en los ejércitos, cuyos generales se informaban, á veces por sí mismos no solo de la calidad de las sustancias medicinales, sino tambien de si las boticas de campaña contenian todas las designadas en el dispensario.

La molicie de su vida, el deseo de satisfacer los goces que les permitia su religion y la necesidad de adular á los Califas, hizo que la *higiene* llamase la atencion de los Arabes, en quienes hallamos la primera idea de la macrobiótica formulada en la pretension de los químicos y de los médicos de prolongar la vida á beneficio de los remedios. Rhasis entre los orientales y Avenzoar en España escribieron tratados especiales con este objeto y los célebres aforismos de la escuela de Salerno no son mas que la esposicion en versos latinos de la ideas de los autores Arabes.

La falta de conocimientos anatómicos, las preocupaciones populares y el descrédito que gozaban los que egercian la *Cirujía,* impidieron por mucho tiempo que prosperase entre la raza muslímica este ramo impor-

tantísimo de las ciencias médicas. Al fin hubo en España dos hombres que superiores á las ideas mezquinas de su siglo y de su pueblo, proclamaron la necesidad de los estudios quirúrgicos y despreciando la opinion de sus compañeros, se dedicaron á su egercicio. Avenzoar y Albucasis son pues, no solo los restauradores, sino mejor, dicho los fundadores de la cirujía entre los Arabes, y sus escritos, especialmente los del último, sirvieron, al par del Canon de Avicena, de testo á todas las escuelas, aun las mas cultas de Europa. Y no es por cierto injusta ni exagerada la fama de que gozaba Albucasis: prudente y reflexivo, ni operaba el cancer que creia incurable, ni se decidia á no ser en casos estremos á practicar la amputacion de un miembro, al mismo tiempo que manejaba el hierro candente con maravillosa energia obteniendo á menudo de su ilustrada audacia los mas maravillosos resultados. He aquí el verdadero genio quirúrgico, que no le arredra el dolor ni la efusion de sangre cuando tiene probalidades fundadas de buen éxito y que retrocede ante la operacion mas sencilla, pero que inútil ó peligrosa, no ha de redundar en provecho del enfermo. La práctica de Albucasis fué notabilisima para su siglo: él operó la parasentesis que describe con envidiable exactitud, hizo la trepanacion del Craneo, la sutura de los intestinos, la talla por el pequeño aparato, dilató abscesos del higado, estirpó tumores enquistados de este órgano y hasta recurrió en un caso de angina sofocante á la traqueotomía. La descripcion minuciosa que hace de los instrumentos y de su uso, la multiplicidad de cauterios que propone, la preferencia que da al hierro sobre el oro para la construccion de estos y la recomendacion tantas veces repetida en sus escritos de que jamás proceda el cirujano á emprender una operacion sin conocer

bien la anatomía de la region que vá á interesar, justifican sobradamente la boga que han alcanzado las obras quirúrgicas del Arabe Cordobés y el derecho con que por tantos siglos ha empuñado el cetro de la cirujía. No es menos notable Avenzoar que se dedicó con afan á este ramo importante de la ciencia á pesar de la repugnancia de sus contemporaneos, incluso su mismo padre; pero la enumeracion de sus ideas acerca de este punto me llevaria mas lejos de lo que deseo haciendo demasiado larga mi tarea, que sentiria pecase de pesada.

Mas brillante aun y mas decisivo es el influjo de los Arabes en la patologia médica; y si Rhasis y Avicena prestaron en Oriente servicios inmensos á la ciencia de Esculapio, no son menos notables los escritos de los españoles reputados superiores á sus correligionarios del Asia por los historiadores tanto nacionales como estrangeros. Así Freind y Sprengel, poco partidarios de los médicos Arabes, no pueden menos de tributar justos elogios á nuestros compatriotas, mas observadores, mas juiciosos y por lo tanto mas instruidos. Por eso Córdoba y Toledo, y mas tarde Granada, son las escuelas á donde vienen á aprender los sabios de todo el mundo, y por eso tambien el notable período que en la historia de la medicina se designa con el nombre de Arabe, es, digámoslo con sentimiento, el único verdaderamente español, el único al menos en que la medicina de nuestra patria lleva orgullosa la bandera de la ciencia.

Tambien Averroez y Avenzoar figuran aquí en primera línea y ciertamente que sus obras, especialmente el *Caisyr* del segundo, merecia, aun mejor que el Canon de Avicena los sufragios de los verdaderos prácticos. Es desde luego notable este libro porque en un tiempo

en que imperaba sin discusion el principio de autoridad y en que los médicos solo respetaban la de Galeno, Avenzoar se atreve á contrariar con sólidas razones algunas de las teorías fundamentales del médico de Pérgamo. No resalta menos nuestro Arabe en su oposicion al empirismo ciego y grosero en frente del cual coloca un dogmatismo racional, ilustrado, verdaderamente científico, y en el juicio y acierto de su método curativo, lógico, prudente, basado mas que el de ningun otro de sus correligionarios, en la observacion y la esperiencia. Sus descripciones de las flegmasias del mediastino y del pericardis, de las paralisis parciales y la original teoría que da sobre la gota, justifican su merecida gloria. A los Arabes debemos la primera y exactísima historia de las viruelas, sarampion y otras calenturas eruptivas, y á Averroes la observacion de que solo suelen padecerse estas enfermedades una vez en la vida. En sus autores se halla la primera indicacion del uso del agua fria en la peste y otras afecciones, idea que sin duda tomó de ellos nuestro famoso Perez conocido por el médico del agua. Invencion Arabe es tambien ¡y de cuanta importancia! el establecimiento de observatorios astronómicos, de hospitales de clínica y de las escuelas de enseñanza con un lujo y profusion de material que no conocieron los antiguos griegos. ¿A qué prolongar mas la lista de los servicios que prestaron á las ciencias médicas y por consiguiente á la humanidad? ¿No basta lo referido para probar la injusticia con que fueron tratados y para revindicar para nuestra patria la gloria de haber influido poderosamente en la civilizacion del mundo?

Discutamos la segunda proposicion. ¡Existe en la medicina de los Arabes la superstición y el fanatismo de que se les ha acusado en la reaccion favorable de la

Europa moderna hacia la Grecia antigua? Es innegable, y el crítico justo é imparcial no puede menos de confesarlo. Los Arabes carecian como médicos de la circunspeccion, sencillez, y atenta observacion que distinguian á los griegos sus primitivos maestros; no imitaron á estos en la concision y cultura de estilo ni en el talento de generalizar los hechos y reducirlos á máximas aforísticas que los representasen; en fin olvidaron, si no negaron, el poder curativo de la naturaleza, atribuyendo este á los remedios, haciéndose por lo tanto polifármacos y dando gran valor á los talismanes y á las fórmulas supersticiosas. Ni podia suceder otra cosa. La antigua teosofía de los bracmas de la India elevada á cuerpo de doctrina por Zoroastro se hallaba sumamente generalizada por todo el Oriente, de modo que las artes mágicas constituyen todo el caudal científico que los Arabes cambiaron con los griegos, transplantando de los desiertos de la Arabia al suelo fertil de la Helenia la astrología y la magia, la cábala y la alquimia. Los genios buenos y malos, los espíritus y los demonios, los torrentes de luz y los combates aereos se repiten de boca en boca, se trasmiten de pueblo á pueblo, los adoptan los judíos en su cautiverio de Babilonia, los filósofos de Alejandría en su exposicion adulterada de las doctrinas de Platon, los romanos en su decadencia y digámoslo con franqueza, sus funestos efectos se estienden hasta alterar la pureza de la religion de los cristianos.

Convengamos pues en que es, cuando menos, injusto hacer á los Arabes un cargo de que no estan exentos los que se lo dirigen, ni quizá en la actualidad lo estamos nosotros mismos. La falsa filosofía del Oriente ejerció siempre una influencia desfavorable sobre la medicina, y el combatir esta influencia valió no pocas

veces á los médicos la nota de materialistas, si no de ateos, con que injustamente se les ha designado. La civilizacion dió la victoria á los que pugnaban por separar la ciencia de la senda de lo maravilloso y ridículo, de las exigencias de la supersticion y del fanatismo para empujarla por el camino de la observacion y de la esperiencia. Pero la teosofia y la cábala aun tienen hoy sus adeptos no solo en el vulgo crédulo é ignorante, sino hasta entre gentes que pretenden pasar por ilustradas. No sucede, es verdad, como en el tiempo en que se hacian estos cargos á los Arabes que la inquisicion fulmine terribles sentencias contra los brujos, y mas que tengan pacto con el domonio, ni las hogueras de la fé calcinaran mas los huesos de los infelices acusados de *volar y otros escesos.* Cierto que los progresos de la civilizacion no consienten tales estravíos; pero no nos llenemos de orgullo que aun se busca con empeño al charlatan que cura con las yerbas recogidas á las doce de la noche de San Juan ó de natividad, aun gastan los niños higas de azabache atadas á la muñeca con objeto de rechazar la envidia, aun se consulta á las gitanas que echan las cartas y dicen la buena ventura, aun hay magnetizadores y sonámbulos y todavia existen saludadores para la rabia. Y no se diga que esto es efecto del atraso en que se halla España porque no debe estar mucho mas adelantada en este punto la Francia de las *preocupaciones populares* de Jorge Sand donde no se sientan nunca trece á comer en una misma mesa, ni la Alemania su maestra tan notable por sus adelantos filosóficos como por sus hadas y sus willis, sus vampiros y sus cadáveres antropófagos. Ni se crea tampoco que esto sucede solo en el silencio y en el misterio; porque no distamos todavia un siglo de la teosofia de Gauner, ni ha transcurrido tanto tiempo

desde que las enfermedades convulsivas y otras muchas se atribuian por autores respetables al poder de los demonios. Mas ¿qué digo? ¿No acuden hoy en tropel, durante ciertas festividades, las epilécticas é histéricas de nuestros pueblos rurales á quienes se hace creer que obtendrán su curacion librándoles por medio de los exorcismos de los diablos que tienen en el cuerpo?

Basta lo dicho, Illmo. Sr., para probar la gran influencia que ejercieron los Arabes en la civilizacion de Europa, y que sus escuelas, especialmente las españolas, eran el depósito de las ciencias entonces perdidas para las demas naciones. Por eso acudian á nuestra patria todos los que deseaban beber en las fuentes puras de la sabiduría, y no habia autor de alguna nombradía en el resto de Europa, que ó no hubiese venido á aprender á Córdoba ó Toledo, ó no se hubiese empapado en las doctrinas españolas por medio de nuestros libros. Asi el monge Gerberto, elevado mas tarde al solio pontíficio con el nombre de Silvestre II, adquiere en nuestra España sus vastos conocimientos en las ciencias y en las artes que le valen de la ignorancia la acusacion de mago. Asi despues Gerardo de Cremona, Campano de Novara, Abelardo, Othon y Daniel Mosley, vienen á buscar á nuestras escuelas los tesoros del saber que luego propagan en sus respectivas naciones fundando academias y liceos.

Enhorabuena que el fanatismo religioso, el odio de raza y otras poderosas causas hayan contribuido á acusar á los Arabes de ignorancia y á negar con injusticia lo que á sus estudios deben las ciencias. El tiempo todo lo calma y los años y los siglos no pasan inutilmente para la humanidad. A la distancia á que nos hallamos de nuestros últimos conquistadores podemos con im-

parcialidad y sin saña preguntar á la historia cual ha sido su mision en el mundo, y la historia nos responderá que la llenaron cumplidamente. Empezaron destruyendo lo mismo que luego edificaron con tenaz afan; pero ¿cuándo la guerra no ha sido funesta á las ciencias y á las ártes? Civilizados luego, inspirados por nuestro bello clima tuvieron singular empeño en recobrar para la Europa los tesoros perdidos ó dispersos de la antigüedad griega, y á sus obras debemos la salvacion de algunos de estos preciosos restos.

España, el pais privilegiado del poder muslímico, la perla de Occidente que robó sus galas al Nilo para trasladarlas al Guadalquivir, que marchó á la cabeza de la civilizacion Arabe y á la que por consiguiente es mas que á nadie acreedora la Europa por su ilustracion; España debe pues un recuerdo de gratitud y de justicia á sus últimos conquistadores, que ya otras corporaciones por medio de voces mas autorizadas, empezaron á pagar. Y Granada, la ciudad bella, la perdida joya del sarraceno imperio, la que último floron de su perdida corona, lloró Boabdil con lágrimas amargas al dirigirla su última mirada desde el cerro del Padul, apellidado desde entonces por la tradicion *el suspiro del moro*, la que simboliza en la hoy errante familia Arabe los bellos recuerdos de su dominacion en nuestra península: Granada parece ser la mas comprometida en satisfacer tan sagrada deuda. Por esto me he decidido á elegir este asunto creyendo que á nadie mejor que á su Universidad literaria correspondia pagar tan justo tributo de admiracion y respeto y que no seria objeto indigno de ocupar la gran solemnidad de la inauguracion de sus estudios.

He dicho.